

Pedro Simón

Lo inesperado



PEDRO SIMÓN
LO INESPERADO



© Pedro Simón, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2016

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 25.183-2026
ISBN: 978-84-670-8215-8

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Egedsa
Impreso en España-*Printed in Spain*



1

VERA

La primera vez que di una vuelta por los aires con mi abuelo fue en una cabina metálica del parque de atracciones y la segunda fue en la borrica con ruedas bautizada como la ciudad donde él nació.

La primera vez dimos una sola vuelta y la segunda vez no sé ni las que dimos. Porque de la primera me acuerdo muy bien y de la segunda no me acuerdo de nada.

Solo recuerdo la *berraquina* de después con la vena hinchada del cuello.

Y menos mal.

Pienso en el abuelo Juan y se me vienen a la cabeza las manos de piedra que chascaban la nuez, aquellos pelos de las orejas como alambres retorcidos, la mañana en el Rastro en que conseguimos el Adrenalyn dorado de Lamine Yamal y los pantalones que se subía hasta el cielo con tirantes negros.

Pienso en el parque de atracciones de aquel último día y se me vienen a la cabeza las gafas de pasta que le salieron despedidas por el aire al dar la pirueta completa, el olor del algodón de azúcar, la ima-

gen de la abuela Luisa saludándonos con la mano a cada vuelta que dábamos y también pienso en la historia de amor más bonita del mundo: la del abuelo Juan.

No conmigo, claro. Sino con la abuela Luisa.

Y ya.

Eso es todo lo que mi cabeza —me han dicho— me deja recordar de ese día.

Y otra vez menos mal.

Porque la primera vez que dimos una vuelta por los aires aquella mañana, mi abuelo terminó con la dentadura desencajada de tanto reír, y la segunda, se quemó entero esa misma tarde delante de la abuela Luisa y de mí. Sin poder hacer nada las dos, él solo dentro del coche que llamaba su borrica con ruedas, pero que mi padre decía «el Toledo».

Todo en el mismo día.

Eso es lo que la abuela me ha contado decenas de veces.

Que el abuelo nació en Toledo y que allí dentro murió.

Que somos dos supervivientes.

Que no debo tenerle miedo a las borricas, porque menuda borrica es ella, dice.

Por eso Luisa es especial.

A veces me ve pensativa y ella se pone a cantar tri-niquitraun-traun-traun. Igual que cuando en verano coge un trapo de cocina y espanta a una mosca. Para que me olvide.

Pero sabe que yo sé.

Yo sé cómo arden las ramitas, los papeles, la piel de las mandarinas y los envoltorios de los flashes de fresa, que son mis favoritos y se arrugan muy rápido con las llamas.

Pero no tengo ni idea de cómo arde un abuelo.

Ni ganas de saberlo, claro.

En eso pienso.

Porque eso es algo horroroso que se te puede quedar metido en el fondo del cerebro, aunque no te acuerdes, y que hay que sacar, me han explicado.

Pero sobre todo es algo que se te queda para siempre metido en la tarde de los sábados cuando las cosas van bien y, de repente, hueles a azúcar quemado.